

convertido en un caos; la literatura, las artes, la poesía, la moral, el dogma, el poder, todo hubiera perecido en la misma tempestad. La rebelión, engendro de Lutero, fue una hija desobediente, que al nacer su padre supo al menos castigar. Si se vertió sangre inocente, que cosa sobre su cabeza, porque el mismo reformador dice: «Yo soy quien la he vertido por orden de Dios, y el que ha sucedido en esta locura ha perdido su alma y su cuerpo, porque pertenece al demonio.»

Lutero no tuvo compasión de la sangre de los campesinos, porque ya de la tierra no quedaba nada. Lutero, escritor de un libro sobre el demonio, el demonio de la tierra, el demonio de la rebelión, el demonio de la sangre, el demonio de la locura, el demonio de la muerte, el demonio de Dios que obedeció, pero si no lo hacen, no ha-
ya compasión para ellos; si no se arrodillan las palmas, se harán cien veces peores. Lutero, el anabaptista, quedó ahogado en la sangre de sus discípulos; no por eso se había acabado todo para Lutero. Lutero, el anabaptista, se había convertido en un hombre andante errante de pueblo en pueblo, exhalando por do quiera su cólera contra la obra del reformador, atacando frente á frente sus doctrinas, demostrando toda su nada, y levantando al pueblo contra la levadura de las supersticiones papistas de que el monje de Wittemberg no había podido purificarse todavía. Multitud de almas se dejaban arrastrar por el predicador, porque anunciaba novedades más maravillosas que las que había enseñado Lutero. Era Carlóstadio, que de anabaptista se había convertido en sacramentario. En el mismo momento en que un estudio más detenido del texto sagrado le describió el sentido oculto de las palabras de la Cena, un ángel, como es sabido, revela el mito á Zwinglio. Entonces nació la secta de los sacramentarios, que niegan la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, y la oblation en carne y en sangre del cuerpo del mismo Divino Señor en la comunión. Si las condiciones de la intui-

ción de la verdad fueran tales como las exige Lutero, habría sido necesaria la abolición del testimonio de Zwinglio. Por que, sabido por los sacramentarios no han comprendido nunca el sentido de las Escrituras. Es, dice Lutero, porque no tienen el diablo por adversario; el diablo no está pendiente de sus palabras, como serían para unos teólogos, sin embargo, los teólogos, infames seculares que el ángel que se apareció á Zwinglio, y cuyo color no ha podido este predecir, era un ángel caído, el ángel de las tinieblas.

CAPITULO XXV.

CARLOSTADIO.—1524.

Los sacramentarios.—Lutero predica en Jena contra los profetas.—Desafío de Carlóstadio.—Disputa sobre la Cena en la posada del Oso Negro.—Lutero en Orlamunde.—Conferencia.—Reaparición de Carlóstadio.—Un zapatero teólogo.—Lutero espulsado de Orlamunde.

Un hombre andaba errante de pueblo en pueblo, exhalando por do quiera su cólera contra la obra del reformador, atacando frente á frente sus doctrinas, demostrando toda su nada, y levantando al pueblo contra la levadura de las supersticiones papistas de que el monje de Wittemberg no había podido purificarse todavía. Multitud de almas se dejaban arrastrar por el predicador, porque anunciaba novedades más maravillosas que las que había enseñado Lutero. Era Carlóstadio, que de anabaptista se había convertido en sacramentario. En el mismo momento en que un estudio más detenido del texto sagrado le describió el sentido oculto de las palabras de la Cena, un ángel, como es sabido, revela el mito á Zwinglio. Entonces nació la secta de los sacramentarios, que niegan la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, y la oblation en carne y en sangre del cuerpo del mismo Divino Señor en la comunión. Si las condiciones de la intui-

ción de la verdad fueran tales como las exige Lutero, habría necesidad de admitir el testimonio de Zwinglio. Porque, ¿sabeis por qué los sacramentarios no han comprendido nunca el sentido de las Escrituras? «Es, dice Lutero, porque no tienen al diablo por adversario; si el diablo no está pendiente de nuestro cuello, no podremos ser mas que unos teologastros.» Sin embargo, los teólogos luteranos sostienen que el ángel que se apareció á Zwinglio, y cuyo color no ha podido este precisar, era un ángel caído, un ángel de las tinieblas: el demonio. ¿Cómo se compone ahora que Zwinglio y los sacramentarios, al negar que el cuerpo y la sangre de Jesucristo estén contenidos realmente en la Eucaristía, no sean mas que herejes que han roto con la Iglesia de Dios?

Algunos amigos de Carlostadio y de Lutero trataron, aunque en vano, de reconciliarlos: ninguno de ellos quería prestarse á celebrar la entrevista que aquellos querían que tuviesen: Carlostadio, por no recibir lecciones del que había sido su discípulo; Lutero, porque no miraba ya á su profesor como un charlatan, que tenía por compadre á un capellan, encargado del papel de Espíritu en las apariciones del Señor. Sin embargo, Lutero, al recorrer las poblaciones en que había hecho prosélitos el anabaptismo, fue á Jena, alborotada todavía por las predicaciones de Carlostadio, que había fundado allí una imprenta. Jena no había oído nunca al fraile de Wittemberg: Lutero sube á la misma cátedra en que la víspera había predicado Carlostadio: la iglesia estaba llena de gente; Lutero predicó contra los profetas, no como un orador cristiano, sino como un literato del siglo xvi, siguiendo todas las formas de Erasmo, divirtiéndole á su auditorio á espensas de los fanáticos, contra los cuales dirigía su risa mordaz y sarcástica. Todos los ojos buscaban al pobre arcediano, que por esta vez no se había ocultado detrás de las imágenes mutiladas, como en la Iglesia de Todos los Santos, sino que se ha-

bía colocado enfrente de la ventana meridional, concentrando sobre su cabeza un rayo de luz deslumbradora. Lutero le aperebió, y su palabra, que vagaba indistintamente sin objeto fijo, cayó de repente, como el martillo de un minero, sobre la frente de Carlostadio. Entonces no hizo ya una de esas pinturas vagas é indecisas, aplicables en su generalidad á todos los que habían roto con la iglesia de Wittemberg; no, sino el retrato del desgraciado anabaptista, á cuya fiel pintura no faltaba ya, para presentarla en relieve, ni aun los raros cabellos blancos del que así quedaba en evidencia ante todo el auditorio. Jamás sufrió hombre alguno semejante martirio. Carlostadio se levantaba, volvía á sentarse, se levantaba de nuevo, y se agitaba como un poseído. Lutero, sin hacer caso de todas esas contorsiones ni de la mimica de brazos y piernas con que trataba de interrumpirle, continuó su discurso, que cada vez se hacía mas amargo é insultante. En fin, no pudiendo ya Carlostadio contenerse, se fue á esconder detrás de una columna de la nave. Pero la escena no estaba concluida. Apenas bajó Lutero del púlpito, se le acercó Carlostadio, y le dijo al oído algunas palabras, á las que aquel contestó con un signo afirmativo. Era un desafío que Lutero aceptaba. El lugar de la cita era la posada del *Oso Negro*, en que se había hospedado el fraile. Apenas llegó Lutero á la posada, recibió una carta, en que Carlostadio le pedía una conferencia en términos formales, no pareciéndole suficiente el signo mudo del agustino.

—Que venga, dijo Lutero al mensajero; que venga, en nombre del Señor: estoy pronto.

No tardó en presentarse Carlostadio, llevando en su compañía á algunos de sus discípulos, entre ellos á Gerardo Westembérg; de Colonia. Nunca había visto aquella posada tan numerosos bebedores. Lutero estaba confundido entre la multitud, sentado á la mesa, y teniendo á su derecha al

burgomaestre, á quien habia mandado llamar para que asistiese á la conferencia. Carlóstadio se colocó á su lado, y comenzó la disputa sobre la Eucaristía, y al principio con bastante calma, discutiendo en voz baja y sin acalorarse; pero cuando Lutero esplanó su opinion sobre la presencia real en tono bastante alto para que los convidados aplaudiesen su improvisacion, Carlóstadio no pudo ya contenerse, y se entabló entre los dos doctores el siguiente diálogo:

Carlóstadio. Es necesario confesar, maestro, que me habeis tratado muy rudamente en vuestro sermón, asimilándome á esos espíritus revoltosos, que no respiran mas que la sedicion y el homicidio. Protesto con todas mis fuerzas contra semejante comparacion; nada tengo yo de común con semejantes hombres. Hablando entre nosotros, les atribuis sobre la revelación interna ideas que nunca han tenido. Yo no vengo á hacer aquí su apologia; hablo por mí; tengo por un hombre malo, por un embustero, á quien me quiera hacer responsable de las doctrinas sangrientas de esos fogosos predicadores. He oido cuanto habeis predicado; pero solo quiero hablar de lo que en vuestro discurso ha tenido relacion con la Eucaristía. Yo sostengo que desde el tiempo de los Apóstoles, hasta el día, jamás se ha oido sobre esa materia una doctrina parecida á la vuestra; ya lo veis, lo digo con la frente erguida: yo tambien he predicado sobre la Eucaristía; pero mi palabra está fundada, y estoy seguro de que no me demostrareis lo contrario.

Lutero. Comencemos *ab ovo*, mi querido doctor.

Jamás me probareis que yo he querido designar vuestra persona en mi discurso. ¿Decís que os habeis reconocido por el retrato que yo he hecho; que habeis sentido el dardo que os he dirigido? En buen hora, si os ha herido. Habeis escrito contra mi epístolas muy mordaces; ¿y con qué objeto? No lo adivino, puesto que no hay disputa en-

tre nosotros: ¿Os quejais de que mis palabras os han herido? Tanto peor, y tanto mejor: tanto mejor, puesto que han servido para que me declareis que no teneis nada que ver con todos esos predicadores; tanto peor, si os reconocéis en el retrato. He hablado contra los profetas, y hablaré de nuevo. Si con esto os he herido, volveré á heriros otra vez.

Carlóstadio. Por mas que digais, habeis querido designarme, al hablar del Sacramento; pero no habeis hecho mas que pervertir el Evangelio, y os lo voy á probar. Me habeis injuriado asimilándome á esos genios homicidas; protesto ante mis hermanos, aquí reunidos, que nada de común tengo con ellos.

Lutero. ¿A qué viene esa protesta, doctor? He leído las cartas que desde Orlamuunde habeis dirigido á Tomás Munzer, y he visto que rechazais las doctrinas sediciosas de los profetas.

Carlóstadio. Pues entonces, ¿por qué vociferar que el espíritu que anima á los profetas es el espíritu que ha derribado las imágenes, y que enseña que es necesario tomar y recibir de sus manos la Eucaristía?

Lutero. ¿Yo no he nombrado personas; y á vos menos que á nadie, doctor!

Carlóstadio. Si; pero estoy suficientemente designado, porque soy el primero que ha enseñado públicamente la necesidad de una comunión inmediata. Vos sosteneis que el espíritu que habla así es el que, por boca de los profetas de Alstedt, inspira el asesinato y la sedicion, y esto es falso. En cuanto á las cartas que os he escrito, estoy pronto á conferenciar con vos, doctor.

Hubo un momento de silencio. Después Carlóstadio reanudó así la conferencia:

—Si yo hubiese incurrido en error, y hubiéseis querido hacer una obra de cristiano, debírais habérmelo advertido antes de venir á asañearme desde el púlpito con vues-

tros dardos envenenados. Siempre estais gritando: «¡Caridad, caridad!» ¡Bella caridad, por cierto; la que arroja al pobre, y deja abandonado en medio de un camino á su hermano extraviado, sin querer llevarle al redil!

Lutero. ¿Cómo? ¿No he enseñado yo el Evangelio? ¿Pues qué he hecho?

Carlostadio. Escuchad: os he dicho, y lo probaré, que el Cristo que habeis predicado en vuestro sermón sobre la Eucaristia, no es el Cristo que fue enclavado en la Cruz, sino un Cristo hecho por vuestras manos y á vuestra imagen; y añadido que háy una palpable contradiccion en lo que enseñais.

Lutero. Vamos, doctor; subid al púlpito; venid á la faz del cielo, como conviene á un hombre honrado, y señaladme los errores que he cometido.

Carlostadio. Lo haré con mucho gusto, doctor; porque, ya lo veis, no huyo yo de la luz, como decís: ¿quereis disputar en Wittemberg, en Erfurt, en la mesa ó en una cena amistosa? Espondremos nuestras razones, y se la darán al que la tenga. Yo no temo la luz del día; lo único que pido es seguridad para mi persona.

Lutero. ¿Será cosa de que tengais miedo? ¿No os creéis en seguridad en Wittemberg, por ejemplo?

Carlostadio. Sí; pero no siempre. En una disputa pública nos trataremos muy mal el uno al otro, y ya sé, muy á costa mia, que habeis sabido atraeros el pueblo.

Lutero. ¡Eh! Doctor, venid; os prometo que nadie os molestará.

Carlostadio. Pues aceptado. Disputaré en público, y pondré de manifiesto la verdad de Dios ó mi vergüenza.

Lutero. Decid vuestras tontérias, doctor.

Carlostadio. Mi vergüenza, doctor, que sufriré en glorificacion del Señor.

Lutero. Y que caerá sobre vuestras espaldas, doctor. ¿Me gustan vuestras amenazas! ¿Quién os tiene miedo?

Carlostadio. ¿Y á mí qué puede intimidarme? Mi doctrina es pura; emana de Dios.

Lutero. ¡Ah! Pues si emana de Dios, ¿por qué no habeis podido inspirar á otro el espíritu que os impelia en Wittemberg á hacer trizas las imágenes?

Carlostadio. Era esa una obra que no habia emprendido yo solo; sino que debia llevarse á cabo, segun una triple resolucion del Senado, y con la ayuda de algunos discípulos vuestros, que huyeron en el momento del peligro.

Lutero. Eso es falso, y protesto contra ello.

Carlostadio. Y yo tambien.

Lutero. Os aconsejo que no vayais á Wittemberg; allí no encontrareis amigos tan afectos como pensais.

Carlostadio. Ni vos tampoco quizá criaturas que os sigan tan ciegamente. Al menos, yo podré consolarme, porque tengo de mi parte la verdad. El día del Señor se descubrirán muchos misterios: entonces se descorrerán los velos; y Dios pondrá de manifiesto nuestras obras.

Lutero. ¡Mércatusis admiración! ¡Siempre teneis en boca la justicia de Dios, mientras que yo invoco su misericordia!

Carlostadio. Y ¿por qué no? Dios no hace acepcion de personas; nó mira al hombre; el débil y el poderoso se pesarán en una misma balanza. Yo deseo que Dios me juzgue segun su justicia y su misericordia. Pero ahora que despreciais el espíritu que vive en mí, y que tratais de inquirir por qué no marché y por qué me he detenido en mi camino, puedo responderos: ¿por qué me atais de pies y manos, y me herís viéndome desnudo y desarmado?

Lutero. ¿Pues os hiero yo?

Carlostadio. ¿Conque no es ligarme, y herirme despues, el escribir contra mí, declamar en el púlpito contra mí, imprimir libelos contra mí, y el impedirme predicar, escribir é imprimir? ¿Si me hubiéscis dejado libre la palabra y la

pluma, ya hubiérais sabido cuáles el espíritu que vive en mí!

Lutero. ¡Predicad sin vocacion! ¿Quién os ha autorizado para enseñar al pueblo?

Carlostadio. ¿Hablais de vocacion humana? Soy arcediano, y, por consiguiente, tengo derecho á enseñar. ¿Hablais de vocacion divina? Tambien tengo mi mision.

Lutero. ¡Mision de predicar en la iglesia parroquial!

Carlostadio. Pues qué, el pueblo que frequenta la colegiata, ¿no es el mismo que asiste á la iglesia parroquial?

Lutero. Doctor, vos sois quien me atacais y me destrozais en vuestros numerosos libelos.

Carlostadio. ¿En libelos? ¿En cuáles? ¿Acaso en mi tratado de la vocacion? Pero ¿cuándo me habeis dirigido advertencias con caridad? Yo os desafío á que encontréis en todo el curso de mi vida una sola hora en que, desmintiendo mi carácter, os haya faltado á la caridad; mientras que la violencia es vuestra arma acostumbrada. Si no hubiéseis querido advertirme á solas, pudiérais haber venido con algunos de vuestros amigos.

Lutero. Así lo he hecho, yendo á vuestra posada acompañado de Felipe y Pomeranio.

Carlostadio. Eso es falso. Quizá sea verdad que hayais ido; pero no para hacerme advertencias ni para señalarme los artículos erróneos extractados de mis obras ó de mis sermones.

Lutero. Os llevaba una cédula de la Universidad, en que estaban anotados los artículos que nos parecian censurables.

Carlostadio. Faltais á la verdad, doctor; yo no he visto nunca semejante cédula.

Lutero. Aunque os citase mil hechos, siempre responderiais que eran mentiras.

Carlostadio. Si decís la verdad, que el diablo me lleve.

Lutero. ¿Conque no os he llevado yo esos artículos á vuestra misma casa?

Carlostadio. Venid acá, doctor. ¿Qué diriais si yo os enseñase una carta en que me dice Gerónimo Schurff que si yo queria se me podrian señalar los errores en que he incurrido? Luego la Universidad no se habia reunido todavía para designar esos artículos.

Lutero calló, y hubo un nuevo silencio, que Carlostadio no tardó en interrumpir, para rogarles á los circunstantes le dispensasen si se defendia con demasiado calor.

Lutero. Doctor, os conozco: sé que quereis remontaros á las nubes; marchad en vuestro orgullo, y exaltaos solo por vuestras sublimidades.

Carlostadio. No habré hecho mas que seguir vuestro ejemplo; pues no dejais de presentaros en todas partes en busca de los honores y de la celebridad.

Lutero. Acordaos que en Leipzig os reprendí públicamente vuestra arrogancia. Pretendisteis que os dejara disputar el primero, y yo os cedí ese honor, que no enviaba.

Carlostadio. Admiro vuestra desvergüenza; querido doctor: bien sabeis que al principio de la controversia se trató de si se debía ó no dejaros disputar. Apelo al testimonio de los consejeros del duque Jorge y de la Universidad de Leipzig.

Lutero. Concluyamos. Hoy he hablado contra los profetas, y volveré á hacerlo nuevamente. Veremos quien me lo impide.

Carlostadio. Predicad cuanto querais; tambien nosotros veremos lo que debemos hacer.

Lutero. Vamos, doctor; si os queda alguna cosa por decir, decidla en voz alta.

Carlostadio. Lo haré, y sin miedo.

Lutero. Que no os olvidéis de sostener á esos pobres profetas.